



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Discurso sobre la felicidad



Madame de Châtelet

MADAME DE CHÂTELET

DISCURSO SOBRE LA FELICIDAD



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Madame de Châtelet

Émilie de Châtelet o Chastellet, cuyo nombre completo era Gabrielle Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, nació el 17 de diciembre de 1706 en París, Francia. Fue matemática y física.

Escribió *Las instituciones de la física*, obra en tres volúmenes publicada en 1740. Escribió también un interesante *Discurso sobre la felicidad*, en el que opinaba que la felicidad se conseguía con buena salud, los privilegios de riqueza y posición y también con el estudio, marcándose metas y luchando por ellas. Hacia 1745 comenzó a traducir los *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* de Newton del latín al francés, con extensos y válidos comentarios y suplementos que facilitaban mucho la comprensión.

Falleció el 10 de setiembre de 1749 en Lunéville, Francia.

Discurso sobre la felicidad

Madame de Châtelet

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzales
Selección de textos: Álvaro Emidgio Alarco Ríos
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuellar
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

DISCURSO SOBRE LA FELICIDAD

Es creencia común que es complicado ser feliz, y demasiado cierto es, pero sería más hacedero llegar a serlo si entre los hombres las reflexiones y los planes de conducta precedieran a las acciones. Nos vemos arrastrados por las circunstancias y nos entregamos a ilusiones que nunca nos deparan más de la mitad de lo que de ellas esperamos; en fin, no percibimos claramente los medios de ser felices hasta tropezar con los obstáculos nacidos de la edad y de las trabas que nos imponemos nosotros mismos.

Anticipemos unas reflexiones que se hacen cuando ya es demasiado tarde: quienes las lean encontrarán en ellas lo que la edad y las circunstancias de su vida les ofrecerían con demasiada lentitud. Impidamos que pierdan una parte del tiempo precioso y escaso de que disponen para sentir y pensar, y que deban emplear en calafatear el barco momentos que les servirían para procurarse los placeres que les puede deparar la navegación.

Para ser felices, debemos deshacernos de nuestros prejuicios¹, ser virtuosos, gozar de buena salud, tener inclinaciones y pasiones, ser propensos a la ilusión, pues debemos la mayor parte de nuestros placeres a la ilusión, y ¡ay de los que la pierdan! En lugar de tratar de hacerla desaparecer merced a la antorcha de la razón, tratemos de engrosar el barniz que deposita sobre la mayor parte de los objetos; les es todavía más necesario de lo que lo son para nuestros cuerpos los cuidados y el ornato.

Empecemos diciéndonos para nuestro fuero interno, y convenciéndonos bien, que no tenemos nada que hacer en este mundo, sino procurarnos sensaciones y sentimientos agradables. Los moralistas que dicen a los hombres: repriman sus pasiones y dominen sus deseos si quieren ser felices, no conocen el camino de la felicidad. Solo somos felices gracias a las inclinaciones y las pasiones satisfechas; digo inclinaciones porque no siempre somos lo bastante felices como para tener pasiones, y a falta de pasiones, bien está contentarse con

¹ La denuncia del «prejuicio» y de aquellos «moralistas» que los inducen es contundente y remite a las reflexiones de Mme. du Châtelet y de Voltaire sobre la religión y los fundamentos de la moral. También a sus críticas con las pretensiones de las iglesias de establecer el monopolio de la norma moral.

En este sentido, la idea de Mme. du Châtelet sobre el origen de los prejuicios remite igualmente a los escritos de Voltaire, a los textos escritos en la época en que ambos leen la Biblia y discuten de religión y de moral en Cirey.

las inclinaciones. Pasiones tendríamos que pedirle a Dios si nos atreviéramos a pedirle alguna cosa, y Le Nôtre tenía mucha razón al pedirle al papa tentaciones en lugar de indulgencias.

Pero, se me dirá, ¿acaso las pasiones no hacen más desgraciados que felices? No tengo la balanza necesaria para pesar en general el bien y el mal que han causado a los hombres, pero no hay que olvidar que los desgraciados son conocidos porque tienen necesidad de los demás, que se complacen en relatar sus desgracias y buscan en ello remedio y alivio. Las personas felices no buscan nada y no van a contar a los otros su felicidad; los desgraciados son interesantes, las personas felices son ignoradas.

Por esta razón, cuando dos amantes se han reconciliado, cuando sus celos han terminado, cuando se han superado los obstáculos que los separaban, ya no son buenos para el teatro: la obra ha terminado para los espectadores, y la escena de Rinaldo y Armida no interesaría tanto como interesa si el espectador no esperara que el amor de Rinaldo fuese el efecto de un encantamiento y se acabara disipando, y si la pasión de que Armida hace gala en esta escena no hiciera su desgracia más interesante.

Los mismos resortes actúan sobre nuestra alma para conmoverla en las representaciones teatrales y en los sucesos de la vida. Conocemos, pues, más el amor por las desgracias que causa que por la felicidad, a menudo oscura, que esparce sobre la vida de los hombres. Pero supongamos, por un momento, que las pasiones hagan a más personas desgraciadas que felices; digo que, aun así, seguirían siendo deseables, porque es la condición sin la cual no se pueden gozar grandes placeres; y no merece la pena vivir si no es para tener sensaciones y sentimientos agradables; y cuanto más vivos son los sentimientos agradables, más felices somos. Debemos pues desear ser proclives a las pasiones, y lo vuelvo a repetir: no dependen de nuestra voluntad.

A nosotros nos corresponde hacer que contribuyan a nuestra felicidad, que es algo que depende a menudo de nosotros. Quien haya sabido ajustarse tan bien a su estado, y a las circunstancias en las que le colocó la fortuna, quien haya conseguido asentar su espíritu y su cuerpo sobre un cauce tranquilo, quien esté abierto a todos los sentimientos, a todas las sensaciones agradables que este estado pueda suponer, es con seguridad un

excelente filósofo y debe estarle agradecido sobremanera a la naturaleza².

Hablo de su estado y de las circunstancias en las que le colocó la fortuna porque creo que una de las cosas que más contribuyen a la felicidad es contentarse con el propio estado y pensar más en volverlo feliz que en cambiarlo.

Mi finalidad no es escribir para todo tipo de condición y toda clase de personas; no todos los estados son susceptibles de la misma especie de felicidad. Solo escribo para lo que se llama gente de la sociedad, es decir, para los que han nacido con una fortuna hecha, más o menos brillante, más o menos opulenta, pero tal que

2 En el modo positivo y confiado de entender la influencia de las pasiones en la acción de los humanos, Mme. du Châtelet sigue la línea de la filosofía inglesa y nos recuerda de nuevo a Pope y su ensayo sobre el hombre: «Navegamos diversamente sobre el vasto océano de la vida; la razón es la brújula, pero la pasión es el viento. No es solo en la calma donde uno encuentra la divinidad; Dios marcha sobre las mareas; sobre los vientos...» (Pope, *OEuvres choisies*, París, 1793). Pero el párrafo revela igualmente las ideas expresadas por ella y por Voltaire en contra del pensamiento de la Iglesia católica, que ha marcado las pasiones con gruesos trazos de una desconfianza que se proyecta hacia la naturaleza humana y las acciones de los hombres.

pueden permanecer en su estado sin rubor, y quizá no sean los que tienen más fácil ser felices³.

Para tener pasiones, para poder darles satisfacción, hay que tener sin duda buena salud; es la primera de las fortunas: ahora bien, no es tan independiente de nosotros como se suele pensar. Como todos hemos nacido sanos (hablo en general) y hechos para durar un tiempo, está claro que si no destruyéramos nuestro temperamento con la gula, con las vigiliass, con los excesos, en fin, viviríamos más o menos lo que se suele considerar una edad razonable. No incluyo aquí las muertes violentas, que no se pueden prever y de las que, por consiguiente, es inútil ocuparse.

Y, se me replicará: si nuestra pasión es la gula, nos sentiremos muy desgraciados; si queremos tener buena salud, deberemos reprimirnos de forma permanente. A ello respondo que si nuestro objetivo es alcanzar

3 Mme. du Châtelet escribe para las gentes de su clase al entender que la felicidad tiene contenidos distintos para unas y otras gentes. Escribe, pues, para aquellos que, teniendo lo necesario para vivir confortablemente, no están agitados por las pasiones del dinero. Son las gentes de su mundo, cuya felicidad tiene contenidos propios y obstáculos particulares. Para estas gentes del gran mundo el problema es mantener su independencia, dadas las complicadas redes y obligaciones en que la ambición de poder y de mundo sitúa a los grandes. Según Mme. du Châtelet, la independencia que se precisa para obrar libremente es una condición de las más necesarias para la realización de la felicidad.

la felicidad satisfaciendo las pasiones, nada debe apartarnos de él; y si el dolor de estómago o la gota que provocan los excesos en la mesa nos causan dolores más vivos que el placer que encontramos dando libre curso a nuestra gula, calculamos mal al preferir el goce del uno a la privación del otro: nos apartamos de nuestro objetivo y somos desgraciados por esta causa. No nos quejemos de ser glotones, porque esta pasión es fuente de placeres constantes, pero sepamos hacer que concurra a nuestra felicidad, lo que será fácil no saliendo de casa y haciéndonos servir únicamente lo que queremos comer. Intercalemos tiempos de ayuno: si esperamos que nuestro estómago se vea movido por el hambre verdadera, todo lo que se nos presente causará igual placer que los manjares más exquisitos, en los que no pensaremos al no tenerlos ante los ojos. Esta sobriedad impuesta hará el placer más vivo. No la recomiendo para apagar la gula, sino con el fin de prepararse para un goce más delicioso. Y en cuanto a las personas enfermas, los cacoquímicos a los que todo sienta mal, tienen otros tipos de felicidad. Estar caliente, haber digerido bien el pollo, ir al excusado, es un goce para ellos. Esta felicidad, si tal fuere, es demasiado desabrida para ocuparse de los medios de lograrla. Pareciera que este tipo de personas

viven en una esfera de la que está ausente todo lo que llamamos felicidad, goce, sentimientos agradables. Hay que compadecerlas, pero no podemos hacer nada por ellas.

Cuando nos hemos convencido de una vez por todas de que sin la salud no podemos disfrutar de placer o bien alguno, nos resolvemos sin esfuerzo a hacer algunos sacrificios para conservarla. Yo puedo considerarme un ejemplo. Tengo una excelente constitución, pero no soy robusta y hay cosas que seguramente destruirían mi salud. Es el caso del vino, por ejemplo, y de todos los licores; me los tengo prohibidos desde mi más temprana juventud, tengo un temperamento de fuego, me paso la mañana inundándome de líquidos; en fin, me entrego demasiado a la gula que Dios me ha dado, y reparo estos excesos con dietas rigurosas que me impongo apenas siento la primera incomodidad, y que siempre me han evitado las enfermedades. Estas dietas no me cuestan nada, porque durante ese tiempo me quedo en casa a las horas de las comidas, y como la naturaleza es tan sabia que no nos da sensación de hambre cuando la hemos sobrecargado de comida, y mi gula no se ve excitada por la presencia de

manjares, no me privo de nada al no comer y recupero mi salud sin que me cueste privaciones.

Otra fuente de felicidad es estar desprovisto de prejuicios, y solo depende de nosotros deshacernos de ellos. Todos tenemos la dosis de juicio necesaria para examinar las cosas que nos quieren obligar a creer; para saber, por ejemplo, si dos y dos son cuatro o cinco; por otra parte, en este siglo no nos falta ayuda para instruirnos. Sé que hay otros prejuicios además de los de la religión, y creo que es muy sano deshacerse de ellos, aunque no hay ninguno que influya tanto sobre nuestra felicidad y nuestra desgracia como el de la religión. Quien dice prejuicio dice una opinión aceptada sin examen, porque no lo resistiría. El error nunca puede ser un bien, y es con seguridad un gran mal en las cosas de las que depende la orientación de la vida.

No hay que confundir los prejuicios con el decoro. Los prejuicios no tienen ninguna verdad y solo pueden ser útiles a las almas deformes: porque hay almas corrompidas como cuerpos contrahechos. Las primeras pertenecen a otra categoría y no tengo nada que decirles. El decoro tiene una verdad basada en las convenciones y

es suficiente para que toda persona de bien no se permita nunca apartarse de él. No hay libro que enseñe el decoro y, sin embargo, nadie lo ignora de buena fe. Varía en función de los estados, las edades, las circunstancias. Quien aspire a la felicidad no debe jamás relegarlo. La exacta observancia del decoro es una virtud, y ya he dicho que para ser felices debemos ser virtuosos. Ya sé que los predicadores, incluso Juvenal, decían que hay que amar la virtud por ella misma, por su propia belleza, pero hay que tratar de entender el sentido de estas palabras, y veremos que se reducen a lo siguiente: debemos ser virtuosos porque no podemos ser viciosos y felices. Y entiendo por virtud todo aquello que contribuye a la felicidad de la sociedad y, por consiguiente, a la nuestra, porque somos miembros de la sociedad⁴.

Digo que no podemos ser felices y viciosos, y la demostración de este axioma está en el fondo del corazón de todos los hombres. Sostengo que, incluso entre los más depravados, no hay ninguno a quien los reproches de su conciencia, es decir, de su fuero interno,

4 La idea de virtud privilegia unos significados sobre otros. En este caso se desplaza de la idea de virtud como conjunto de cualidades necesarias para la perfección del ser humano, pasional y por tanto imperfecto, hacia la idea de virtudes deseables para los humanos en el sentido de que concurran a la felicidad de las sociedades que aquellos forman.

el desprecio que siente que merece, y que experimenta en cuanto lo conocen, no le cause un suplicio. Cuando hablo de depravados no me refiero a los ladrones, los asesinos, los envenenadores, que no pueden formar parte de la clase de personas para la que escribo; doy este nombre a las personas falsas y pérfidas, a los calumniadores, los delatores, los ingratos, en fin, a todos los que están aquejados de vicios que no castigan las leyes, pero contra los que las costumbres y la sociedad han emitido juicios tanto más terribles cuanto siempre se cumplen.

Mantengo, pues, que no hay nadie en la tierra que pueda sentir que le desprecian sin desesperar. Este desprecio público, esta animadversión de la gente de bien, es un suplicio más cruel que todos aquellos que podría infligir el oficial de justicia, porque dura más y jamás lo alivia la esperanza.

No tenemos por lo tanto que ser viciosos, si no queremos ser desgraciados, pero no es suficiente para no ser desgraciados, la vida no valdría la pena ser vivida si la ausencia de dolor fuera nuestro solo fin; la nada sería más llevadera, porque es con seguridad el estado en el que se sufre menos. Debemos tratar, por lo tanto,

de ser felices. Debemos estar conformes con nosotros mismos por la misma razón que debemos contar con una vivienda adecuada, y esperaríamos en vano gozar de esta satisfacción sin la virtud:

«Es fácil deslumbrar ojos mortales, pero no es posible engañar a la mirada vigilante de los dioses»,

dijo uno de nuestros mejores poetas; ahora bien, la mirada vigilante a la que nunca podremos engañar es la de nuestra propia conciencia.

La justicia que nos hacemos a nosotros mismos es exacta: cuando podemos dar fe de que hemos cumplido con nuestro deber, cuando hacemos todo el bien posible, cuando somos virtuosos, en fin, disfrutamos de una satisfacción interior que podemos llamar salud del alma. Dudo que haya sentimiento más delicioso que el que se experimenta tras una acción virtuosa, que merezca la estima de la gente de bien. Al placer interior que causan las acciones virtuosas se suma también el placer de gozar de la estima universal: porque los bellacos no pueden negar su estima a la probidad, pero la estima de las personas honradas es la única que merece ser tenida en cuenta. En fin, digo que para ser feliz hay que ser proclive

a la ilusión, y es algo que no necesita ser probado. Sin embargo, me dirán, si el error es siempre pernicioso, ¿no es la ilusión un error? No: a decir verdad, la ilusión no nos hace ver los objetos enteramente tal y como deben ser para darnos sentimientos agradables, los acomoda a nuestra naturaleza. Así son las ilusiones de la óptica. Ahora bien, la óptica no nos engaña, aunque no nos haga ver los objetos tal y como son, porque nos hace verlos de la manera en que debemos verlos para nuestra utilidad. ¿Cuál es la razón por la que me río más que nadie con los títeres, si no es porque me presto más que ningún otro a la ilusión, y al cabo de un cuarto de hora creo que me está hablando el propio Polichinela? ¿Tendríamos algún momento de placer en el teatro si no nos prestásemos a la ilusión que nos hace ver personajes que sabemos muertos desde hace tiempo y que hablan en versos alejandrinos? ¿Qué placer encontraríamos en un espectáculo en el que todo es ilusión, si no supiéramos prestarnos a ella? Es seguro que la pérdida sería importante, y quienes solo encuentran en la ópera el placer de la música y las danzas tienen un placer bien descarnado y muy por debajo del que nos da el conjunto de este espectáculo encantador. He citado los espectáculos porque en ellos la ilusión es más fácil de sentir. Se mezcla en todos los placeres

de nuestra vida, y es su barniz. Se podría decir que no depende de nosotros, lo que no deja de ser verdadero, hasta cierto punto; no podemos darnos ilusiones, de la misma forma que no podemos darnos inclinaciones, ni pasiones; pero podemos conservar las ilusiones que tenemos; podemos tratar de no destruirlas, podemos no ir tras las bambalinas para ver los engranajes con que se fabrican los vuelos, y toda la maquinaria: es todo el arte que podemos desplegar y no es un arte inútil ni estéril.

Estas son las grandes maquinarias de la felicidad, si puedo decirlo así, pero hay muchas más habilidades de detalle que pueden contribuir a nuestra felicidad.

La primera de todas es estar muy decidido sobre lo que se quiere ser y lo que se quiere hacer, que es cosa que falta a casi todos los hombres; y es, sin embargo, la condición sin la que no puede haber felicidad. Sin ella, nadamos permanentemente en un mar de incertidumbres, destruimos por la mañana lo que levantamos por la noche, nos pasamos la vida haciendo necesidades, reparándolas, arrepintiéndonos⁵.

5 Mme. du Châtelet insiste en combatir la filosofía de la religión y sus ideas de arrepentimiento, de temor y de contención como contrarias al deseo humano de felicidad. Según dice, esta forma de ver las cosas propicia el desconcierto y la pasividad y es la causa por la que se inhibe la acción de los individuos.

Esta emoción de arrepentimiento es una de las más inútiles y desagradables que pueden nacer en nuestra alma. Uno de los grandes secretos es saber protegerse de ella. Como ninguna situación es igual a otra en la vida, es casi siempre inútil ver las faltas propias, o al menos detenerse durante mucho tiempo para considerarlas y reprochárnoslas: sería cubrirnos de confusión a nuestros propios ojos sin beneficio alguno. Tenemos que partir de donde estamos, emplear toda la sagacidad de nuestro juicio para reparar y encontrar medios para reparar, pero no hay que ir buscando el talón de Aquiles, y siempre debemos apartar de nuestra mente el recuerdo de las faltas: cuando les hayamos sacado el fruto que podíamos esperar, apartemos las ideas tristes y sustituyámoslas por agradables, pues ese es uno de los grandes motores de la felicidad, y es algo que está en nuestras manos hacer, al menos hasta cierto punto; ya sé que en una violenta pasión que nos hace desgraciados no depende enteramente de nosotros alejar de nuestra mente las ideas que nos afligen, pero no siempre estamos en estas situaciones violentas, ni todas las enfermedades son fiebres malignas, y las pequeñas desdichas sin importancia, las sensaciones desagradables, aunque débiles, merecen ser evitadas. La muerte, por ejemplo, es una idea que siempre nos aflige,

porque prevemos la nuestra o porque pensamos en la de las personas que amamos. Debemos evitar cuidadosamente todo lo que pueda recordarnos esta idea. Soy totalmente opuesta a Montaigne, quien se felicitaba por haberse acostumbrado tanto a la muerte, que estaba seguro de verla de cerca sin temor. Vemos por la complacencia que pone en relatar esta victoria que mucho debe de haberle costado, y en eso el sabio Montaigne había calculado mal: con seguridad es una locura envenenar con esta idea triste y humillante una parte del poco tiempo que nos queda por vivir, para soportar con más resignación un momento que los dolores corporales siempre hacen muy amargo, a pesar de nuestra filosofía. Además, quién sabe si el debilitamiento de nuestra mente, causado por la enfermedad o por la edad, nos dejará recoger los frutos de nuestras reflexiones, o si no quedarán a beneficio de inventario, como suele ocurrir en esta vida. Tengamos siempre presente, cuando nos obsesione la idea de la muerte, este verso de Gresset:

El dolor es un siglo y la muerte un momento.

Apartemos de nuestra mente todas las ideas desagradables: son la fuente de la que nacen todos los

males metafísicos, que son precisamente los que está casi siempre en nuestra mano evitar.

La sabiduría siempre debe hacer bien sus cálculos: porque quien dice *sabio* dice *feliz*, al menos en mi diccionario. Hay que tener pasiones para ser feliz, pero hay que hacer que concurran a nuestra felicidad y hay algunas a las que hay que impedir la entrada en nuestra alma. No hablo aquí de las pasiones que son vicios, como el odio, la venganza, la ira; pero la ambición, por ejemplo, creo que es una pasión de la que debemos defender nuestra alma si queremos ser felices, no porque no pueda darnos placer, que pienso que alguno puede ofrecernos esta pasión; tampoco porque la ambición sea un deseo constante, lo que es con seguridad un gran bien, sino porque de todas las pasiones es la que más hace depender nuestra felicidad de los demás, y cuanto menos depende nuestra felicidad de los demás, más fácil nos resulta ser felices. No temamos cortar demasiado en esto, porque siempre dependeremos demasiado⁶. Por esta razón de independencia, el amor al estudio es de todas las pasiones

⁶ Mme. du Châtelet trata ampliamente el tema de la independencia y de la libertad en relación con la felicidad. En el texto, al señalar que la relación afectiva nos pone en relación con los demás, se obliga a buscar los remedios de la dependencia afectiva. Y lo hace con confianza absoluta, en contraste con las prevenciones al uso, que consideran más bien las dificultades de controlar los afectos.

la que más contribuye a nuestra felicidad. En el amor al estudio se encuentra encerrada una pasión a la que nunca son totalmente ajenas las almas elevadas, la de la gloria; diríamos incluso que esta es la forma de adquirirla para la mitad del mundo, y es a esta mitad precisamente a la que la educación deja sin medios, haciendo imposible su goce.

Es seguro que el amor al estudio es bastante menos necesario para la felicidad de los hombres que para la de las mujeres. Los hombres tienen infinitud de recursos para ser felices de los que carecen totalmente las mujeres. Tienen otros medios de alcanzar la gloria y está claro que la ambición de hacer que sus talentos sean útiles para su país y sirvan a sus conciudadanos, bien por su habilidad en el arte de la guerra o por sus talentos para gobernar, o para negociar, está muy por encima de la que puede aportar el estudio, pero las mujeres están excluidas, por su estado, de todo tipo de gloria, y cuando, por azar, se encuentra alguna que haya nacido con un alma lo bastante elevada, solo le queda el estudio para consolarla

de todas las exclusiones y de todas las dependencias a las que se encuentra condenada por su estado⁷.

El amor a la gloria, que es la fuente de tantos placeres y de tantos esfuerzos de todo tipo que contribuyen a la felicidad, a la instrucción y a la perfección de la sociedad, se basa enteramente en la ilusión; no hay nada tan sencillo como hacer desaparecer el fantasma en pos del que corren todas las almas elevadas, pero ¡cuánta pérdida, para ellas y para las demás! Sé que hay alguna realidad en el amor a la gloria del que se puede gozar en vida, pero no hay ningún héroe, de ninguna clase, que quiera alejarse totalmente del aplauso de la posteridad, de la que se espera más justicia incluso que de los contemporáneos. No siempre saboreamos el deseo vago de hacer hablar de nosotros cuando ya no estemos, pero siempre se hallará en el fondo de nuestro corazón. La filosofía quisiera hacer sentir su vanidad, pero el sentimiento toma la delantera,

7 La relación entre el estudio y la felicidad constituye un tema clásico en la filosofía. No obstante, Mme. du Châtelet lo singulariza al referirse al estudio como práctica de las mujeres y señalar que mediante la educación estas acceden a su única posibilidad de intervención y reconocimiento social. Merced al estudio, dice, las mujeres compensan el estado de desigualdad en que su sexo las sitúa. Con esta afirmación, Mme. du Châtelet elimina las dudas sobre la igualdad de la «razón» entre los sexos, contradiciendo las ideas afirmadas en la filosofía del siglo sobre la diferencia de los sexos. Y elimina de paso las consecuencias pretendidas por el pensamiento que afirma la diferencia, para el que queda justificada la disparidad de espacios y de cometidos entre hombres y mujeres.

y este placer no es en modo alguno una ilusión; porque nos demuestra el bien real de gozar de nuestra reputación futura; si el presente fuera nuestro único bien, nuestros placeres estarían mucho más limitados de lo que lo están. Somos felices en el momento presente no solo por nuestros goces actuales, sino por nuestras esperanzas, por nuestras reminiscencias. El presente se enriquece con el pasado y con el futuro. ¿Quién trabajaría para sus hijos, por la grandeza de su casa, si no disfrutara del futuro? Por mucho que hagamos, el amor propio siempre es el móvil más o menos oculto de nuestras acciones; es el viento que hincha las velas, sin el que la nave no podría avanzar.

He dicho que el amor al estudio era la pasión más necesaria para nuestra felicidad; es un recurso seguro contra la adversidad, es una fuente de placer inagotable, y Cicerón hace bien al decir: «Los placeres de los sentidos y los del corazón están, sin duda, por encima de los del estudio; no es necesario estudiar para ser feliz, pero podría serlo sentir dentro de sí este recurso y este apoyo». Podemos amar el estudio, pasar años enteros, toda la vida quizá, sin estudiar; felices aquellos para quienes transcurre de esta forma; porque solo a placeres

más vivos pueden sacrificar un placer que siempre están seguros de encontrar, y que se hará tan fuerte que podría compensar por la pérdida de los otros.

Uno de los grandes secretos de la felicidad es moderar los deseos y amar las cosas que se poseen. La naturaleza, cuyo objetivo es siempre nuestra felicidad (y entiendo por naturaleza todo lo que es instinto y sin razonamiento), la naturaleza, decía, solo nos da deseos con arreglo a nuestro estado. Por naturaleza solo deseamos una cosa tras otra: un capitán de infantería desea ser coronel, y no se siente desgraciado por no mandar a todo el ejército, por mucho talento con que se crea para ello. Con nuestro espíritu y nuestras reflexiones fortalecemos esta sabia sobriedad de la naturaleza; solo somos felices con deseos satisfechos; debemos pues permitirnos desear únicamente las cosas que podamos obtener sin demasiado esfuerzo y trabajo, y es un punto que mucho puede hacer por nuestra felicidad. Amar lo que poseemos, saber disfrutar de ello, saborear las ventajas de nuestro estado, no poner demasiado los ojos en los que nos parecen más felices, aplicarnos a perfeccionar lo nuestro y sacarle el mayor partido posible: esto es lo que se debe llamar felicidad, y creo hacer una buena definición al decir que el más

feliz de los hombres es aquel que menos desea cambios en su estado⁸. Para gozar de esta felicidad, hay que curar o prevenir una enfermedad de otro tipo que se opone totalmente a ella, y que es por desgracia demasiado común: la inquietud. Esta disposición se opone a todo disfrute y, por consiguiente, a todo tipo de felicidad.

La buena filosofía, es decir, el firme convencimiento de que no tenemos otra cosa que hacer en este mundo que ser felices, es un remedio seguro contra esta enfermedad, de la que los espíritus sanos, es decir, los que son capaces de principios y de consecuencias, están exentos casi siempre.

Hay una pasión muy poco razonable a los ojos de los filósofos y de la razón, cuyo motivo, por muy disfrazado que esté, es incluso humillante y debería bastar para curarnos de ella, pero que puede, no obstante, hacernos felices: es la pasión del juego. Es una dicha tenerla si la podemos moderar y reservarla para el momento de

8 La idea de que la felicidad no precisa de cambios en el estado de los hombres se sitúa en un contexto cuyo objetivo es la crítica a un pensamiento antiguo y a la moral de la religión, como responsables de las ideas que predicaban el conformismo y la moderación, más allá de las posibilidades, útiles y honestas, de los hombres. Si no se entiende bien este contexto, las afirmaciones lógicamente chocan con nuestro pensamiento moderno y nos parecen «conservadoras».

nuestra vida en que este recurso nos sea necesario, y este momento es la vejez. No cabe duda de que el amor al juego tiene su origen en el amor al dinero; no hay nadie para quien las apuestas fuertes (y llamo apuestas fuertes a las que pueden traer cambios a nuestra fortuna) no sean asunto de interés⁹.

Nuestra alma desea ser conmovida por la esperanza o el temor; solo es feliz con las cosas que le hacen sentir su existencia. El juego nos hace permanentemente presa de estas dos pasiones y mantiene así nuestra alma en una emoción que es uno de los grandes principios de la felicidad que llevamos en nuestro interior. El placer que me ha procurado el juego ha servido a menudo para consolarme de no ser rica. Me creo lo bastante sana de espíritu como para que una fortuna mediocre para cualquier otro baste para hacerme feliz, por lo que el juego hubiera debido resultarme desabrido, al menos es lo que temía, y esta idea me convenció de que debía

9 Mme. du Châtelet extiende su filosofía a temas «menores», relacionados con su experiencia personal y cotidiana, como es el caso del juego, que le apasionaba. Aun reconociendo el rechazo de la moral filosófica a esta práctica, ella la rescata y la explica y, al hacerlo, nos remite a la libertad de pensamiento de la autora y a la liberalidad con que se autoriza esta práctica. El juego, dice, le gusta porque «le remueve el alma» y le hace sentirse a sí misma viviendo. Ella no ve en el juego una evasión, un consuelo, más bien lo entiende como actividad placentera y en ese sentido lo reivindica.

el placer del juego a mi escasa fortuna, y sirvió para consolarme.

Es seguro que las necesidades físicas son la fuente de los placeres de los sentidos, y estoy convencida de que hay más placer en una fortuna mediocre que en una abundancia completa. Una caja, una porcelana, un mueble nuevo son para mí un verdadero placer, pero si tuviera treinta cajas, sería poco sensible a la número treinta y uno. Nuestros sentidos se embotan con facilidad en la saciedad y hay que dar gracias a Dios por habernos traído las privaciones necesarias para conservarlos. Es lo que hace que un rey se aburra tan a menudo que es imposible que sea feliz, a menos que haya recibido del cielo un alma lo bastante grande como para ser susceptible de los placeres de su estado, es decir, hacer felices a un gran número de hombres, pero entonces este estado se convierte en el primero de todos por la felicidad, como lo es ya por el poder.

He dicho que cuanto más depende de nosotros nuestra felicidad más garantizada la tenemos, y no obstante, la pasión que puede procurarnos mayores placeres y hacernos más felices hace depender enteramente nuestra

felicidad de los demás: es claro que quiero hablar del amor.

Esta pasión quizá sea la única que pueda darnos deseos de vivir, hacernos agradecer al autor de la naturaleza, sea quien fuere, el habernos dado la existencia. Milord Rochester tiene razón al decir que los dioses han colocado esta gota celeste en el cáliz de la vida para darnos el valor de soportarla:

«Debemos amar, es lo que nos sostiene, porque sin amor es triste ser hombres».

Si esta inclinación mutua, que es un sexto sentido, y el más fino, el más delicado, el más precioso de todos, une a dos almas igualmente sensibles a la felicidad, al placer, todo está dicho, no hace falta nada más para ser felices, el resto es indiferente, solo es necesaria la salud. Hay que utilizar todas las facultades del alma para gozar de esta felicidad, hay que dejar la vida cuando se pierde, y tener la seguridad de que los años de Néstor no son nada a cambio de un cuarto de hora de semejante gozo. Es justo que tal felicidad sea rara; si fuera corriente, más valdría ser hombre que dios, al menos tal y como nos lo podemos representar. Lo mejor que podemos hacer es

convencernos de que esta felicidad no es imposible. No sé si el amor ha reunido alguna vez a dos personas hechas hasta tal punto la una para la otra que no hayan conocido jamás la saciedad del gozo ni el enfriamiento que trae consigo la seguridad, ni la indolencia y la tibieza que nacen de la facilidad y la continuidad de un comercio cuya ilusión nunca se destruye (porque ¿dónde se da más que en el amor?) y cuyo ardor, en fin, fuera igual en el gozo o en la privación, y pudiera soportar con igual ánimo las desgracias o los placeres.

Un corazón capaz de semejante amor, un alma tan tierna y firme, parece haber agotado el poder de la divinidad; nace una por siglo, como si producir dos estuviera por encima de sus fuerzas o, tras producirlas, estuviera celosa de sus placeres al encontrarse. El amor puede hacernos felices de forma más sencilla: un alma tierna y sensible es feliz con el mero placer que encuentra al amar; no quiero decir con ello que se pueda ser perfectamente feliz amando, aun no siendo amado; quiero decir que, aunque nuestras ideas de felicidad no se vean enteramente colmadas con el amor del objeto al que amamos, el placer que sentimos al abandonarnos a toda nuestra devoción puede bastar para hacernos

felices. Y si esta alma conserva la felicidad de abrirse a las ilusiones, es imposible que no se crea más amada de lo que en realidad es; debe amar tanto que ama por dos y el calor de su corazón suple al que le falta en verdad para su felicidad. Un carácter sensible, penetrante y apasionado debe sin duda pagar el tributo de inconvenientes que llevan consigo estas cualidades, no sabría decir si buenas o malas, pero creo que cualquiera que pudiera crear un individuo las incluiría. Una primera pasión lleva fuera de sí hasta tal punto a un alma de este temple, que queda inaccesible a cualquier reflexión o cualquier idea moderada; puede sin duda atraer grandes pesares, pero el mayor inconveniente que lleva unida esta sensibilidad apasionada es que es imposible que alguien que ame con tal exceso sea amado, y que no hay prácticamente ningún hombre cuya inclinación no disminuya con el conocimiento de semejante pasión. Debe de parecer sin duda extraño a quien no conozca todavía lo suficiente el corazón humano, pero a nada que reflexionemos sobre lo que nos ofrece la experiencia, sentiremos que para conservar durante más tiempo el corazón de un amante, la esperanza y el temor deben actuar siempre sobre él. Una pasión como la que acabo de describir produce tal abandono de sí que te hace incapaz de cualquier

artificio; el amor brota por todos los poros. Se empieza siendo adorado, es imposible que sea de otra forma, pero pronto la seguridad de ser amado y el hastío de tenerlo todo previsto, la desventura de no tener nada que temer, embotan el deseo. Así está hecho el corazón humano, y no se crea que hablo por rencor: he recibido de Dios, es cierto, una de estas almas tiernas e inmutables que no saben disfrazar ni moderar sus pasiones, que no conocen el hastío ni la flaqueza, y cuya tenacidad sabe resistirlo todo, incluso la seguridad de haber dejado de ser amada; pero he sido feliz durante diez años con el amor de aquel que había subyugado mi alma, y estos diez años los he pasado a solas con él sin ningún momento de hastío ni de languidez. Cuando la edad, las enfermedades, y quizá también un poco la facilidad del placer disminuyeron su inclinación, pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta, yo amaba por dos, pasaba mi vida entera con él, y mi corazón, ajeno a la sospecha, gozaba del placer de amar y de la ilusión de creerse amada. Es cierto que he perdido este feliz estado y que me ha costado abundantes lágrimas. Para romper estas cadenas son necesarios terribles cataclismos: la herida de mi corazón sangró durante mucho tiempo, tuve razones para quejarme y lo he perdonado todo. He sido lo bastante justa como para

sentir que mi corazón era quizá el único en el mundo en poseer esta inmutabilidad que aniquila el poder de los tiempos; que si la edad y las enfermedades no hubieran apagado totalmente los deseos, quizá los hubiera seguido poniendo en mí y el amor me lo hubiera devuelto; en fin, que su corazón, incapaz de amar, me amaba con la amistad más tierna y me habría consagrado su vida. La certidumbre del imposible retorno de su inclinación y su pasión, pues no es algo que esté en la naturaleza, condujo insensiblemente mi corazón al sentimiento apacible de la amistad, y este sentimiento, unido a la pasión por el estudio, me hace bastante feliz.

Sin embargo, ¿puede un corazón tan tierno verse colmado por un sentimiento tan apacible y tan débil como la amistad? No sé si debemos esperar, si debemos desear incluso mantener siempre la sensibilidad en esa especie de apatía a la que es difícil acceder. Solo somos felices con sentimientos vivos y agradables, así que ¿por qué prohibirnos los más vivos y los más agradables de todos? Lo que hemos vivido, las reflexiones que nos hemos visto obligados a hacer para conducir nuestro corazón a esta apatía, el trabajo mismo que nos ha costado reducirlo a ella, debe hacernos temer dejar un estado que no es

desgraciado, para padecer desdichas que la edad y la pérdida de la belleza liarían inútiles.

¡Bellas reflexiones, y muy útiles!, se me dirá. Veremos de qué sirven si experimentamos inclinación hacia alguien que se ha enamorado de nosotros; pero creo que es un error pensar que estas reflexiones son inútiles. Las pasiones, pasados los treinta años, ya no nos conmueven con el mismo ímpetu. Afirmo que sería posible resistir a las inclinaciones, si lo deseamos con fuerza y estamos convencidos de que causarían nuestra desgracia. Solo cedemos a ellas porque no estamos demasiado convencidos de la seguridad de estas máximas y mantenemos la esperanza de ser felices, y así tiene que ser. ¿Por qué negarnos la esperanza de ser felices, y de la forma más intensa? Ahora bien, si no hay que negarse esta esperanza, no por ello hay que llamarse a engaño sobre los medios de la felicidad; la experiencia debe enseñarnos al menos a contar con nosotros mismos, y a hacer que nuestras pasiones contribuyan a nuestra felicidad. Podemos cargar con ellas hasta cierto punto; no lo podemos todo, sin duda, pero podemos mucho, y adelante sin temor a equivocarme que no hay pasión que no se pueda superar si estamos firmemente convencidos

de que solo ha de servir para nuestra desgracia. Lo que nos hace errar en nuestra primera juventud es que somos incapaces de reflexión, que no tenemos experiencia y que nos imaginamos que recuperaremos el bien que hemos perdido a fuer de correr tras él. Sin embargo, la experiencia y el conocimiento del corazón humano nos enseñan que cuanto más corramos tras él, más huirá de nosotros. Es una perspectiva engañosa que desaparece cuando creemos alcanzarla. La inclinación es una cosa involuntaria inmune a la persuasión y que casi nunca se puede reavivar. ¿Cuál es el objetivo de ceder a la inclinación que se tiene por alguna persona? ¿Acaso no es ser feliz por el placer de amar y el de ser amado? De la misma forma que sería ridículo negarse este placer por temor a una desgracia venidera, que quizá no sobrevenga hasta después de haber sido hartamente feliz, con lo que existiría una compensación, y debemos pensar en curarnos y no en arrepentirnos, una persona razonable debería ruborizarse tanto de no tener la felicidad en sus manos como de dejarla enteramente en las de otro.

El gran secreto para que el amor no nos haga desgraciados es tratar de no tener disputas con el amante, no manifestarle nunca solicitud cuando se

enfriá, ser siempre un grado más fría que él. Es algo que no nos lo devolverá, pero nada nos lo podría devolver: no hay nada que hacer, salvo olvidar a una persona que nos deja de amar. Si nos ama todavía, nada hay más capaz de reavivar y de devolver a su amor el primer ardor que el temor a perdernos y a ser menos amado. Sé que este secreto es difícil de poner en práctica para las almas tiernas y verdaderas, pero ningún esfuerzo es demasiado para practicarlo, siéndoles, además, más necesario que a otras. Nada degrada tanto como los afanes por recuperar un corazón frío o inconstante: es algo que nos envilece a los ojos de aquel que deseamos conservar, y a los de los hombres que podrían pensar en nosotros; pero lo peor es que nos hace desgraciadas y nos atormenta inútilmente. Hay que seguir esta máxima con ánimo inquebrantable, y no claudicar nunca en este punto ante nuestro propio corazón; hay que tratar de conocer el carácter de la persona a la que nos atamos, antes de ceder a la inclinación; es necesario que la razón aporte su consejo, no la razón que condena todo tipo de compromiso como contrario a la felicidad, sino la que, concediendo que no se puede ser demasiado feliz sin amar, busca que solo amemos para nuestra felicidad y que superemos una inclinación con la que resulta evidente

que solo sufriremos desgracias; sin embargo, cuando esta inclinación ha sido más fuerte, cuando ha superado a la razón, como suele ocurrir con harta frecuencia, no hay que hacer gala de una constancia tan ridícula como fuera de lugar. Es buena ocasión para practicar el proverbio *las locuras más cortas son las mejores*; y, sobre todo, las desgracias son más cortas: porque hay locuras que nos harían muy felices, si duraran toda la vida. No hay que avergonzarse de haberse equivocado, hay que curarse, cueste lo que cueste, y sobre todo, hay que evitar la presencia de un objeto que no puede sino estremecernos, hacernos perder el fruto de nuestras reflexiones, porque en los hombres la coquetería sobrevive al amor; no quieren perder ni su conquista ni su victoria, con mil coqueterías saben reavivar un fuego mal apagado y mantenernos en un estado de incertidumbre tan ridículo como insoportable. Hay que cortar por lo sano, hay que romper sin retorno; es necesario, dice el señor de Richelieu, romper la amistad y desgarrar el amor; en fin, corresponde a la razón darnos la felicidad: en la infancia, es algo que solo incumbe a nuestros sentidos; en la juventud, el corazón y el espíritu empiezan a ocuparse de ello, con una subordinación: que el corazón lo decide todo; en la edad madura, la razón debe entrar en el

juego, a ella le corresponde hacernos sentir que debemos ser felices, cueste lo que cueste. Cada edad tiene unos placeres que le son propios; los de la vejez son los más difíciles de obtener; el *juego* y el *estudio*, si somos todavía capaces de ello, la gula, la consideración, son patrimonio de la vejez. Sin duda, no son sino consuelos. Felizmente, solo de nosotros depende adelantar el final de nuestra vida, si se hace esperar demasiado; sin embargo, mientras nos resolvamos a soportarla, tenemos que tratar de hacer penetrar el placer por todas las puertas que lo hagan llegar hasta nuestra alma; no tenemos otra cosa que hacer.

Tratemos pues de conservar la salud, de no tener prejuicios, de tener pasiones, de hacer que contribuyan a nuestra felicidad, de sustituir nuestras pasiones por inclinaciones, de conservar celosamente nuestras ilusiones, de ser virtuosos, de no arrepentimos jamás, de alejar de nosotros las ideas tristes y de no permitir nunca a nuestro corazón que conserve una chispa de inclinación por alguien cuya inclinación disminuye y que nos deja de amar. Algún día tendremos que renunciar al amor, a medida que vayamos envejeciendo, y en ese día dejará de hacernos felices. En fin, pensemos en cultivar la inclinación hacia el estudio, una inclinación que hace

que nuestra felicidad dependa únicamente de nosotros mismos. Preservémonos de la ambición y, sobre todo, sepamos bien lo que queremos ser; decidamos el camino que queremos tomar para pasar nuestra vida y tratemos de sembrarlo de flores.

“ Las personas felices no buscan nada y no van a contar a los otros su felicidad; los desgraciados son interesantes, las personas felices son ignoradas...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA